

Kepa Aulestia

# Volatilidad

Los cambios socioelectorales que experimentan los países europeos no se limitan únicamente al declive más o menos pronunciado de los partidos tradicionales, porque tampoco se asegura su sustitución por parte de las formaciones emergentes. La transformación está siendo más profunda, en cuanto que afecta a esa apreciable fidelidad con la que los ciudadanos han dado su voto a tal o cual opción durante varios comicios.

La volatilidad alcanza además a los cuadrantes clásicos de la división ideológica, puesto que, como ha ocurrido en Francia y en Alemania, hay votantes que varían sus preferencias de la izquierda obrerista al populismo de derechas, y viceversa, como pasó en el Reino Unido en las elecciones del pasado jueves. La fuerza que más nítidamente abogó por el Brexit desde el primer momento, el UKIP, se ha quedado fuera del Parlamento británico en unas elecciones convocadas precisamente para fortalecer la posición de Londres en la negociación de su salida de la Unión Europea. Lo dice todo sobre la naturaleza gaseosa de este nuevo tiempo.

La incertidumbre es tal que la volatilidad se ha llevado por delante el mismo concepto de *tendencia electoral*, categoría que se desvanece entre las distintas encuestas, y que deja a los propios ciudadanos sin saber a qué carta jugar como voto útil. La elección se ha vuelto especialmente libre, porque no hay ningún contrato vigente entre los votantes y sus respectivas opciones que comprometa el resultado de los siguientes comicios, y así sucesivamente.

El contrato electoral vence en el mismo momento en que la papeleta de votación es depositada en la urna. A partir de ahí no hay atadura ninguna para el ciudadano que se ha mostrado a favor de tal sigla; pero —y he aquí la clave de la volatilidad— tampoco para el partido beneficiado, que se siente también libre para obrar como le parezca en medio de la incertidumbre.



MATTHEW HORWOOD / GETTY

Gracias a la volatilidad no queda claro hasta qué punto los partidos que concurren a los comicios aspiran a gobernar. En el tiempo de la alternancia bipartita era evidente que las formaciones que se sucedían al frente de las instituciones tenían vocación de poder, también porque veían posible alcanzarlo para uno, dos o tres mandatos.

Ahora da la impresión de que, a lo sumo,

**La característica del proceso es que es volátil, aunque los promotores del referéndum aparenten que no va con ellos**

en cada caso, en cada país, hay un partido con verdaderos deseos y opciones de gobernar. Y a veces ni eso. El riesgo de que nadie quiera hacerse cargo de la gobernación en medio de la incertidumbre está ahí. Las formaciones políticas tienden a guarecerse en las instituciones representativas, reuñentes a asumir responsabilidades directas sobre los asuntos públicos.

Todo eso lo vive la Catalunya política. La volatilidad forma parte de lo que ocurre con el proceso. De hecho es su característica principal, aunque los promotores del referéndum que no tendrá lugar se esfuerzan en aparentar que la incertidumbre no va

con ellos. Hasta hace unos años el comportamiento electoral en Catalunya obedecía a la dualidad entre los comicios generales y los autonómicos. Hoy se muestra tan gaseoso que resulta hasta absurdo aventurar pronósticos.

El independentismo trata de huir de la volatilidad, pero no puede. El referéndum es la alfombra mágica que propicia la fabulación. Pero esta se hace pasajera aunque dure cinco años. Las formaciones que se acogen al plebiscito postergan la liza que mantienen, como si en el fondo eludieran el compromiso sobre la gobernación del país.

Existen ciertos paralelismos entre el Brexit y el independentismo catalán, en cuanto que ambos han contribuido a diluir no sólo las responsabilidades de gobierno, sino incluso la dación de cuentas respecto al propio proceso. Es de suponer que no será Pep Guardiola quien se haga cargo de lo que resulte finalmente. En este caso, la determinante participación de las entidades de la sociedad civil es un reflejo más de la volatilidad, en cuanto que no se sabe dónde comienza y dónde acaba su papel y, por tanto, cuál es la jerarquía efectiva en la toma de decisiones, más allá de que la Asamblea Nacional Catalana y Òmnium suplan las flaquezas de la entente parlamentaria secesionista y recuerden periódicamente al Gobierno de la Generalitat que ha de mantenerse fiel a un mandato indefinido.

En el plano partidario, sólo está clara la necesidad que el PDECat tiene de salvarse a sí mismo. Mientras que ERC, siendo la opción favorita en las quinielas, parece eludir en el tiempo sus aspiraciones de gobierno, si es que en realidad las tiene, y los comunes prefieren esperar a la agenda que establezca el president Puigdemont evitando cualquier paso en falso. La sensación mayoritaria es que puede pasar cualquier cosa, de modo que es inútil reclamar la anuencia ciudadana a favor de lo extremo.●

Pilar Rahola



## Furor

Estaba por completar el titular con el adjetivo pertinente, pero me temo que la cosa supera al furor uterino o a cualquier otro ardiente sinónimo, porque lo que le ha caído encima a Pep Guardiola por haber leído el manifiesto a favor del referéndum ha sido el rayo divino, las diez plagas de Egipto, todos los castigos reservados para los peores herejes. Pep ha alzado la voz, ha señalado con el dedo acusador hacia los agujeros negros de la democracia española y, todos a una, la Fuenteovejuna patria lo ha condenado a la hoguera pública.

Ya tienen un nuevo monstruo de las galletas, otro ogro catalán para asustar a los niños, y raudos y veloces le han despellejado por micrófonos, papeles impresos y televisiones. La España del cierra España tiene un nuevo malo, felizmente colocado al lado del otro gran malo del deporte, el ínclito Gerard Piqué. Suerte que pueden confrontarlo con el bueno de Rafa Nadal, que, además de ser un genio del deporte, no es un pérfido independentista, aunque cabe señalar que Rafa no tiene culpa del uso de su nombre, para limpiar la ofensa española. En un país “normal” —y sí, el término necesita muchas comillas— a nadie se le ocurriría comparar a estos dos grandes del

**Pep ha alzado la voz y, todos a una, la Fuenteovejuna patria lo ha condenado a la hoguera pública**

deporte por sus opiniones políticas, ambas igualmente lícitas y democráticas, pero en esta anomalía en la que vivimos el juicio sumarísimo se hace en función de las ideas. Y no importa la mucha gloria que haya dado Guardiola al deporte español, porque al punto que levanta la bandera de esa insólita Catalunya que quiere votar, se convierte en unapestado. Es una mentalidad cerril, frentista, guerracivilista que no atiende a debates, ni sabe de argumentos, y siempre tiene a punto la letra escarlata para señalar al adúltero. Es ese “venceréis, pero no convenceréis” de Unamuno, que se mantiene impertérrito a pesar de la historia y del tiempo.

En este punto, la pregunta es obvia: ¿de qué les sirve tanta inquisición revivida, tanto martillo de herejes desatado? Una vez han despreciado, ninguneado, atacado, vilipendiado, ensuciado y desprestigiado a los disidentes, ¿qué consiguen? ¿Es una España mejor, la España que niega el debate y abusa del insulto? ¿Les funciona para frenar al independentismo o al movimiento ciudadano a favor del derecho a decidir? ¿Conseguirán que los catalanes estén más convencidos, sean más serviles y se sientan más españoles? Como es evidente que no es el caso, sino más bien se consigue el efecto contrario, cabe suponer que es la táctica dilatoria para huir del debate, negar el conflicto y no buscar soluciones. Aquello tan antiguo de matar al mensajero para no escuchar el mensaje. Ese es el gran drama de la España una, su sordez atávica, su negación de la diferencia, su desprecio a quienes cuestionan, preguntan o reivindicar, eternamente concebida como un pensamiento impostado e impuesto, y no como una voluntad conquistada.●

Fèlix Riera

# Nuevo desorden mundial

La negativa de Donald Trump a apoyar iniciativas para impulsar medidas que minimicen y corrijan el cambio climático no es el resultado de una iniciativa personal, sino de la nueva política aislacionista del Gobierno norteamericano que él preside. No estamos ante una medida dada por las convicciones, sino por los intereses. La doctrina del nuevo orden norteamericano se basa en preservar la idea de crecimiento económico perpetuo frente a la propuesta de aquellos que piden revisar el capitalismo y las políticas medio ambientales. Una visión de la política internacional que recuerda a la del gigante egoísta de Oscar Wilde que increpó a los niños que jugaban en su jardín: “Este jardín es mío. Es mi jar-

dín propio..., todo el mundo debe entender eso y no dejaré que nadie se meta a jugar aquí”.

La decisión supone levantar el primer muro de la era Trump contra el futuro. En su libro *Mañana, una revolución en marcha*, el activista Cyril Dion entrevista a dos miembros destacados de la Universidad de Stanford, Elizabeth Hadly y Anthony Barnosky, en la que observan: “Ya sabemos que, por grado de aumento de la temperatura, cabe esperar un descenso del 17% en la producción de cereales [...] Cada año sumamos 80 millones de personas al planeta. Eso quiere decir que, cada noche, habrá 219.000 personas más a la mesa para cenar”. Se constata una y otra vez que el cambio climático es muy difícil de pronosticar, pero podemos valorar sus actuales efectos. La política de la actual adminis-

tración de EE.UU. parte de la moral de victoria que Trump forjó en la campaña electoral: “¡Hacer que América vuelva a ser grande!”. Y ahora toca plasmarla, aunque esto suponga dar la espalda al futuro, en un intento vano de hacer retroceder la historia norteamericana del mundo a la década de los setenta, donde la globalización era una conjetura. Sin querer asumir que ha sido EE.UU. el principal arquitecto del mundo en que vivimos. Hay que empezar a leer *El arte de negociación*, de Donald Trump, no como un libro de autoayuda empresarial, sino como un texto anunciador de la nueva política americana: “No rendirse jamás. Hay que grabarse a fuego que sólo los perdedores abandonan”. Podemos constatar y afirmar entonces que EE.UU. ha perdido al haber decidido abandonar los acuerdos de París.●